

● Millones de inmigrantes

Los gobiernos argentinos que se sucedieron a partir de la presidencia de Urquiza (1854-1860) fomentaron la llegada de inmigrantes europeos con el fin de poblar el territorio y ocupar los puestos de trabajo que generaba la expansión de la economía agroexportadora. Para atraer a esas personas, estos gobiernos hicieron campañas de propaganda en Europa, pagaron pasajes para venir a la Argentina y sancionaron leyes que ofrecían garantías a los inmigrantes. Entre esas garantías se contaban la de poder disponer de sus bienes y de ejercer libremente su culto. Como leyeron en el capítulo 8, una de esas leyes fue la llamada *Ley de Inmigración*, sancionada en 1876, que promovía la creación de colonias agrícolas.

La respuesta a esta política de fomento de la inmigración fue extraordinaria, ya que entre 1880 y 1914 llegaron al país unos 4.200.000 inmigrantes. A ese impactante desplazamiento de personas de un continente a otro los historiadores lo llaman *inmigración masiva* o *gran inmigración*.

¿Por qué vinieron?

Los inmigrantes que llegaron a la Argentina fueron en su gran mayoría italianos y españoles. También arribaron franceses, ingleses, galeses, suizos, alemanes, rusos, polacos, ucranianos, turcos, armenios y siriolibaneses. No menos importante fue la llegada de diversos contingentes de judíos europeos, que venían de países como Alemania y Rusia.

La mayoría de los inmigrantes escapaba de la miseria, la falta de trabajo y la escasez de tierras cultivables que padecían en sus países de origen. También hubo quienes huían de guerras o de persecuciones políticas y religiosas. Un ejemplo es el de los judíos del sur de Rusia, que arribaron a la Argentina a partir de 1891, gracias al apoyo del barón Moritz Hirsch, un alemán que financió la fundación de varias colonias agrícolas (entre ellas, la de Rivera, en el oeste de la provincia de Buenos Aires), con el fin de ubicar lo mejor posible a aquellos judíos que eran perseguidos en Rusia y Europa Oriental.

Los inmigrantes se animaron a dejar su patria y a sus seres queridos porque tenían la esperanza de iniciar una nueva vida en un país que les ofreciera paz, libertad y trabajo.

Esos hombres y mujeres eligieron la Argentina como lugar de destino por las posibilidades de conseguir empleo en las fértiles tierras de la llanura pampeana o en las ciudades que crecían día a día, y por los salarios relativamente altos que se pagaban, comparados con los de sus países de origen. Esta información la conocían por la propaganda que el gobierno argentino hacía en Europa y por las cartas que enviaban parientes y amigos que ya habían emigrado, alentándolos para que viniesen a nuestro país.

El primer alojamiento

Luego de desembarcar en el muelle de Buenos Aires, los inmigrantes que no tenían familiares que los recibieran ni dinero para alquilar una habitación en la ciudad eran alojados gratuitamente en el Hotel de Inmigrantes.

El primer hotel de este tipo se inauguró en 1880 y estaba ubicado en la zona de Retiro. Era un edificio de forma octogonal, construido con chapas y maderas. Tenía capacidad para 2.500 personas, aunque casi siempre albergó el doble. En 1906 comenzaron las obras para levantar un hotel mucho más grande. Lo primero que comenzó a funcionar fue el embarcadero, en 1907. El gran edificio de hormigón y ladrillos, que hoy forma parte del Museo de los Inmigrantes, se inauguró recién en 1911.

El hotel brindaba alojamiento gratuito durante cinco días a los recién llegados, después de los cuales debían abandonarlo para dejar lugar a los nuevos viajeros que arribaban al país. El hotel también ofrecía dos comidas diarias y atención médica, y contaba con una oficina de trabajo que trataba de conseguirles alojamiento y empleo en la ciudad. Dentro del edificio, los hombres y las mujeres dormían separados, mientras que las madres permanecían con sus niños. En general, las mujeres casadas y con hijos llegaban al país un tiempo después que sus maridos y recibían en el hotel cursos sobre quehaceres domésticos.

Chacareros, arrendatarios y jornaleros

Muchos de los inmigrantes que traían algo de dinero y soñaban con tener tierras propias se dirigieron a las zonas rurales de las provincias de Santa Fe, Entre Ríos y Córdoba, donde pudieron adquirir propiedades pequeñas y medianas, y se transformaron en chacareros.

Aquellos que, en cambio, se dirigieron a los campos de la provincia de Buenos Aires debieron conformarse con alquilar tierras y transformarse en aparceros o arrendatarios. Esto se debió a que muchos terratenientes bonaerenses no quisieron desprenderse de sus tierras, cuyo valor comenzó a elevarse tras la llegada del ferrocarril y el aumento de los precios de los productos que se exportaban.

La situación de estos inmigrantes era muy precaria. Si la cosecha era favorable, obtenían buenas ganancias. Pero si los rendimientos eran escasos, podían perder todo el capital invertido.

Los inmigrantes que no tenían dinero ni tierras trabajaban como braceros o jornaleros que se empleaban en la siembra y cosecha de cereales, y cobraban por día de trabajo. Entre ellos estaban los llamados *trabajadores golondrina*, que año tras año cruzaban el Atlántico hacia la Argentina para participar de la vendimia (la recolección de las uvas), la esquila (la extracción de lana a las ovejas) o la zafra (la recolección de la caña de azúcar) y luego regresaban a sus países de origen con el dinero ganado en esos meses de trabajo.

● Una nueva sociedad

En 1869, la Argentina tenía 1.700.000 habitantes, de los cuales 210.000 (el 12%) eran extranjeros. En 1914, la población ascendía a unos 8.000.000 de habitantes, de los cuales 2.360.000 (el 30%) eran extranjeros de orígenes diversos. Pero en el grupo de varones de más de 20 años, los extranjeros superaban en todo el país a los argentinos. Y de la población económicamente activa (es decir, la que trabaja) el 46% era extranjero. No cabe duda, entonces, de que la llegada de inmigrantes impulsó el incremento de la población que se produjo en nuestro país entre 1869 y 1914.

Este arribo masivo de inmigrantes transformó profundamente a la sociedad argentina, que incorporó nuevas costumbres, comidas y vocablos. Los inmigrantes ingleses también trajeron deportes desconocidos en el país, como el tenis, el hockey y sobre todo el fútbol, que era practicado desde fines del siglo XIX por los alumnos de los colegios de esa colectividad en Buenos Aires y los empleados de las empresas de ferrocarril.

¿Integración o discriminación?

En general, la primera generación de inmigrantes se casó con mujeres de su propia colectividad y trató de conservar el idioma, la religión y las costumbres de su país de origen. Con ese fin, los inmigrantes crearon asociaciones o mutuales que agrupaban a personas de un mismo país o región (Asociación Española de Socorros Mutuos, Unione e Benevolenza) y editaron periódicos que se escribían en sus idiomas natales.

Sus hijos, en cambio, formaron mayormente matrimonios mixtos y aprendieron el castellano y la historia argentina en las escuelas públicas, muchas de ellas creadas por Sarmiento. El servicio militar obligatorio, instaurado en 1901, con sus saludos a la bandera y sus apelaciones a defender la patria hasta con la propia vida, también contribuyó a la creación de un sentimiento de identidad colectiva.

Algunos argentinos trataron despectivamente a los inmigrantes (llamaban "tanos" a los italianos, "gallegos" a los españoles, "turcos" a armenios y siriolibaneses). Si bien se registraron episodios de discriminación en aquellas épocas, en términos generales puede decirse que los inmigrantes se integraron rápidamente a la población nacional.

Se formó así una nueva sociedad: abierta, multiétnica y marcada por la movilidad social ascendente (esto significa que una persona de condición humilde podía ascender en la escala social gracias al trabajo y el ahorro). En esa sociedad, los sectores medios (formados por médicos, maestros, profesores, arquitectos, empleados públicos jerarquizados, por ejemplo) fueron incrementándose notablemente a medida que se afianzaba el modelo agroexportador.